

DESCENDIENTES



MELISSA DE LA CRUZ

Planeta
Junior



Para Mattie.

sin ella este libro no habría sido posible.

Y para las dos reinas del hospicio,

Emily Meehan
y Jeanne Mosure.

que me brindaron la oportunidad de trabajar en una isla
llena de villanos y creyeron en mí.

Gracias por todo, señoras.





«Realmente me
sentí apenada
al no recibir
invitación».

—Maléfica,
La Bella Durmiente



prólogo

Érase una vez, después de vivir felices para siempre, y puede que hasta después de esa época, en que todos los villanos del mundo fueron desterrados del Reino Unido de Auradon y recluidos en la Isla de los Perdidos. Allí, bajo una cúpula protectora que mantenía cualquier tipo de hechizo fuera del alcance de sus garras, los malvados más terribles, más traidores, más espantosos y más siniestros estaban condenados a vivir sin el poder de la magia.

Bestia, el rey, había decretado el exilio de los villanos para siempre.

Para siempre, por lo visto, es un período muy largo. Más largo del que puede dormir una princesa encantada.

Más largo, incluso, que la melena de cabellos dorados de una dama encerrada. Más largo que una semana convertido en rana y evidentemente mucho más largo que mientras se espera a que por fin aparezca un príncipe y te pruebe una zapatilla de cristal.

Sí, para siempre es un período muy, muy, muy largo.

Diez años, para ser exactos. Diez años son los que estos villanos llevan atrapados en una cárcel flotante de piedra y escombros.

A lo mejor piensan que diez años no es tanto tiempo; pero para esos hechiceros y brujas, visires y magos, reinas malvadas y hadas oscuras, vivir sin magia era un castigo peor que la muerte.

(Y a algunos de ellos los resucitaron únicamente para trasladarlos a la isla, así que, bueno, saben de lo que hablo).

Sin sus formidables poderes para hipnotizar, aterro-
rizar y amenazar, crear nubarrones y tormentas de rayos,
transformarse y disfrazarse o mentir y manipular a su ma-
nera para conseguir lo que querían, estaban reducidos a lle-
var unas vidas miserables, subsistiendo a duras penas ven-
diendo y comiendo bazofia, asustando sólo a sus secuaces y
robándose unos a otros. Incluso a ellos les costaba imaginar
que en el pasado habían sido grandes y poderosos, envene-
nadores de manzanas del bosque y ladrones de voces sub-
marinas, usurpadores de poderes reales y dueños de espejos
irritables.

Ahora sus vidas eran de todo menos poderosas. Ahora eran comunes y corrientes. Todos los días.

¿Hay que decirlo? Eran aburridas.

Así pues, con gran emoción y alboroto, los habitantes de la isla se reunieron para celebrar un acontecimiento único: la maliciosamente maravillosa fiesta de cumpleaños de una princesa de seis años. Entiéndase maliciosa en términos relativos, bajo una cúpula con antiguos villanos sin poderes.

En cualquier caso, era una fiesta.

Era la celebración más espléndida que la aislada isla y sus desterrados habitantes habían visto jamás, y en los años venideros las fábulas hablarían de su majestuosidad gótica y su repulsiva opulencia. La fiesta de las fiestas, una suntuosa ocasión que transformó el destartalado bazar y sus escapara-tes en ruinas del centro de la isla en un espeluznante y espectacular parque, lleno de fantasmagóricos farolitos y titilantes velas.

Semanas antes, una bandada de buitres había sobrevolado la isla para lanzar las invitaciones en todos los desven- cijados umbrales y casuchas, de modo que hasta el último miserable pillo del lugar más recóndito pudiera participar en este encantador y extraordinario acontecimiento.

Hasta el último pilluelo de la isla, *menos una maliciosa pequeña hada*.

Nunca sabremos si su invitación se la llevó el viento y se hizo pedacitos o si la devoraron los mismos buitres ham-

brientos, o si —¡glups!— *nunca se llegó a enviar* una carta con tales garabatos reales, como se sospechaba.

Pero el resultado fue el mismo.

Encima del tumultuoso bazar, desde lo alto del balcón de su castillo, Mal, de seis años, se estiraba los mechones de su espesa melena morada y fruncía los labios mientras observaba los deliciosos y oscuros festejos de abajo. Al menos, eso era lo que parecía.

Ahí vio a la diminuta princesa, la más hermosa de la faz de la tierra (o isla), de pelo azul como el océano, ojos oscuros como la noche y labios rojos como la sangre, sentada en su desvencijado trono. Llevaba el pelo recogido en una trenza, apartado de la cara, y se reía con regocijo ante el abanico de maravillas que veía. La adorable risita de la princesa era tan cautivadora que arrancó una sonrisa a la altiva Lady Tremaine, la misma que vio desbaratados sus planes de casar a sus hijas con el Príncipe Encantador; el feroz tigre Shere Khan casi ronroneaba como un gatito contento; y para arrancarle una risa y escuchar de nuevo la encantadora carcajada, un valiente Capitán Garfio colocaba la cabeza entre las fauces abiertas de Tic-Tac, por los viejos tiempos.

Por lo visto la princesa conseguía que sonrieran hasta los villanos más malvados.

Pero Mal no sonreía. Casi podía oler la tarta de dos pisos de manzanas rancias, rojas como el fuego y llenas de sabrosos gusanos; y por más que lo intentara, le resultaba impo-

sible no oír los chillidos del loro Iago mientras contaba, una y otra vez, la historia de las cuevas parlantes que custodiaban infinitas riquezas, hasta que los aldeanos reunidos quisieron retorcerle su emplumado pescuezo.

Mal suspiró verde de la envidia al ver que los niños se regodeaban abalanzándose sobre las bolsitas de cumpleaños. Los arrugados envoltorios contenían todo tipo de malvadas mascotas para elegir: bebés morenas nadando en cuencos diminutos, parecidas a las sinuosas Flotsam y Jetsam; desternillantes hienas con manchitas, no menos silenciosas que las tristemente célebres Shenzi, Banzai y Ed; adorables gatitos negros saltarines de la última camada de Lucifer. Sus maleducados destinatarios gritaban de emoción.

A medida que aumentaba la alegría, el corazón de Mal se volvía tan negro como su mal humor, y juró que un día les enseñaría lo que significaba ser mala de verdad. De mayor sería más codiciosa que Madre Gothel, más egoísta que las hermanastras de Cenicienta, más astuta que Jafar, más impostora que Úrsula.

Mostraría a todos que era igual que su...

—¡Madre! —chilló, mientras la sombra de dos acechantes y repulsivos cuernos se abría paso hacia el balcón, y apareció su madre, con su capa morada ondeando suave al viento.

La voz de su madre era intensa, melódica y teñida de amenaza.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó al oír la risita nerviosa de los niños abajo cuando vieron el espectáculo de sombras orientales, de lo más inadecuado, que había montado el Dr. Facilier.

—Es una fiesta de cumpleaños —insistió Mal—. Y no me han invitado.

—¿Es eso cierto? —le preguntó su madre.

Miró la celebración por encima del hombro de Mal y ambas se fijaron en la princesa de pelo azul que se reía sentada sobre un cojín apolillado mientras los peludos y guapos jóvenes gemelos de Gastón, Gastón Jr y Gastón III, la impresionaban dando muestras de su fuerza, principalmente equilibrándose con los pies, aplastándose las caras mutuamente con las botas. A juzgar por lo que se oía, estaba funcionando.

—Los festejos son para el pueblo —se burló su madre.

Mal sabía que su madre despreciaba todo tipo de fiestas. Las despreciaba casi tanto como despreciaba a los reyes y las reinas que mimaban a sus preciosos bebés, a las hadas regordetas y bajitas con trucos para crear vestidos, y a los repulsivos príncipes en valientes corceles aún más repulsivos.

—No importa, ¡la Reina Malvada y su horrida progenie pronto aprenderán de su rencoroso errorcito! —declaró su madre.

Porque su madre era la gran Maléfica, Señora de las Tinieblas, la bruja más malvada y poderosa del mundo y la villana más temible por doquier.

O al menos, así había sido.

Érase una vez, cuando la ira de su madre había echado una maldición sobre una princesa.

Érase una vez, cuando la ira de su madre había logrado que un príncipe se arrodillara ante ella.

Érase una vez, cuando la ira de su madre había adormecido todo un reino.

Érase una vez, cuando su madre había tenido todas las fuerzas del infierno a sus órdenes.

Y no había nada que Mal deseara más que ser como ella de mayor.

Maléfica avanzó hasta el borde del balcón, donde podía divisar toda la isla hasta las luces brillantes de Auradon. Se irguió por completo envuelta por el rugido de los truenos y relámpagos y la lluvia que empezó a caer de los cielos. Como en la isla no existía la magia, se trató de una malvada coincidencia.

La fiesta se paró de golpe y los ciudadanos allí reunidos se quedaron inmóviles al ver que su líder los observaba desde lo alto con toda la fuerza de su ira.

—¡Se acabó la fiesta! —declaró la madre de Mal—. ¡Ahora fuera, huyan, dispérsense como las pulgas, que eso es lo que son! ¡Y ustedes! ¡Reina Malvada y tu hija! ¡De ahora en adelante, están muertas para el resto de la isla! ¡No existen! ¡No son nada! ¡No vuelvan a aparecer por ningún sitio, jamás! ¡De lo contrario, me van a conocer!

La multitud se dispersó tan rápido como se había formado, bajo la mirada recelosa de los aterradores secuaces de Maléfica, unos guardias con aspecto de jabalí y con gorros de aviador sólo descubiertos de los ojos. Mal divisó por última vez a la princesa de cabello azul que miraba temerosa hacia el balcón antes de que su madre, igual de asustada que ella, se la llevara rápidamente.

La victoria brillaba en los ojos de Mal y su corazón oscuro se alegraba de que su tristeza hubiera causado una vileza tan maravillosa.

*Diez
terribles
años
después*



«Espejito, espejito,
dime una cosa,
¿quién es en este
reino la más
hermosa?».

—Reina Malvada,
Blanca Nieves



capítulo

1



*Esta es la historia de un hada
malvada...*

T

engo que estar soñando, se dijo Mal. *Esto no puede ser real*. Estaba sentada a la orilla de un hermoso lago, en el suelo empedrado de un antiguo templo en ruinas, comiendo una exquisita fresa. El bosque que la rodeaba era verde y frondoso y el sonido del agua que fluía bajo sus pies era suave y relajante. Incluso el aire era dulce y fresco.

—¿Dónde estoy? —preguntó en voz alta mientras tomaba unas uvas gordas de la fabulosa merienda que tenía preparada delante.

—Pero si ya llevas días en Auradon y este es el Lago Encantado —contestó el chico que estaba sentado a su lado.

Ella no se había percatado de su presencia hasta que habló, pero cuando lo vio deseó no haberlo hecho. El chico era lo peor de todo lo que la rodeaba, fuera lo que fuera aquello; era alto, con el pelo color miel y despeinado, e increíblemente guapo, con la clásica sonrisa que conquistaba corazones y que embelesaba a todas las chicas.

Pero Mal no era como todas las chicas y empezaba a sentirse aterrorizada, como si de alguna manera estuviera ahí atrapada. Precisamente en Auradon. Y eso quizá no era un sueño...

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Eres una especie de príncipe o algo parecido? —y miró de reojo su elegante camisa azul bordada con un pequeño escudo dorado.

—Sabes quién soy —respondió el chico—. Soy tu amigo. Mal se sintió aliviada de repente.

—Entonces esto es un sueño —dijo con una astuta sonrisa—. Porque yo no tengo amigos.

La decepción se dibujó en la cara del chico, pero antes de que pudiera contestar, una voz retumbó en el tranquilo lugar, nubló los cielos y agitó las aguas contra las rocas.

—¡TONTOS! ¡ESTÚPIDOS! ¡IMBÉCILES! —resonó.

Mal se despertó con un sobresalto.

Su madre volvía a estar gritando a sus súbditos desde el balcón. Maléfica gobernaba la Isla de los Perdidos igual que hacía con todo: con miedo y odio, por no hablar de su nutrida

cantidad de secuaces. Mal estaba acostumbrada a los gritos, pero hacían que despertara malhumorada. Cuando apartó con los pies las sábanas de raso moradas, el corazón todavía le latía con fuerza por la pesadilla.

¿Qué demonios hacía ella soñando con Auradon?

¿Qué tipo de magia oscura había mandado a un guapo príncipe para que hablara con ella en sueños?

Mal sacudió la cabeza y se estremeció, en un intento por borrar la horrible visión de aquellos hoyuelos de su sonrisa, y la reconfortó el familiar sonido de los aldeanos atemorizados que rogaban clemencia a Maléfica. Contempló su habitación, aliviada por saber que estaba en el lugar correcto, en su enorme y chirriante cama de hierro forjado, con gárgolas en los postes y un dosel de terciopelo que colgaba tanto que parecía que se le iba a caer encima. La habitación de Mal era sombría, como la isla, siempre gris y nublada.

La voz de su madre resonó desde el balcón y al vibrar el suelo de la habitación se abrió de repente la cómoda de color violeta y todo su contenido morado se desparramó por el suelo.

Cuando Mal escogía un patrón cromático, lo seguía al pie de la letra y ella se había sentido atraída por la intensidad gótica de los tonos del espectro morado. Era el color del misterio y de la magia, temperamental y tenebroso, y no el clásico negro de la típica ropa de los villanos. El morado era el nuevo negro, según Mal.

Cruzó la habitación pasando por delante de su majestuoso armario irregular que dejaba a la vista todas las chucherías recién robadas en las tiendas: baratijas de cristal tallado y fantasía, pañuelos metálicos brillantes con hebras colgantes, guantes desemparejados y una gama de frascos de perfume vacíos. Si apartaba las gruesas cortinas, desde su habitación podía ver toda la isla en su monotonía.

Hogar, estrafalario hogar.

La Isla de los Perdidos no era una isla muy grande; para algunos no era más que una mancha en el paisaje, evidentemente más marrón que verde, con un conjunto de chozas con tejado de latón y montadas descuidadamente, y casas construidas unas sobre otras, con el constante peligro de derrumbarse en cualquier momento.

Mal contemplaba este monstruoso suburbio desde el edificio más alto de la ciudad, un antiguo palacio majestuoso con altísimas agujas que en la actualidad se había convertido en la andrajosa, decadente y destartada ubicación del inigualable Castillo de las Gangas, donde podían encontrarse túnicas de hechicero *un poco* usadas de todos los colores y donde los sombreros de bruja *un poco* abombados siempre estaban a mitad de precio.

También era el hogar de hadas *no tan poco* malas.

Mal se quitó la pijama y se puso una chamarra de piel de lo más ingeniosa con un toque de rosa en un brazo y de verde en el otro, y unos jeans rasgados de color ciruela

seca. Se puso con cuidado los guantes sin dedos y se ató las deterioradas botas militares. Evitaba mirarse al espejo, pero de hacerlo habría visto a una chica guapa y bajita, con un destello de maldad en sus penetrantes ojos verdes y una tez pálida, casi transparente. La gente siempre comentaba lo mucho que se parecía a su madre, normalmente antes de salir corriendo, gritando, en dirección contraria. Mal disfrutaba de aquel miedo, incluso lo buscaba. Se peinó los mechones lilas con el dorso de la mano, cogió su cuaderno y lo metió en la mochila junto con unas latas de pintura en aerosol que siempre llevaba consigo. ¿La ciudad no iba a llenarse de grafitis solita, no? En un mundo mágico perfecto sí, pero ese no era el caso.

Las alacenas de la cocina estaban vacías como siempre, en la nevera no había más que jarras de cristal llenas de ojos y todo tipo de líquidos mohosos de dudosa procedencia —todo ello parte de los constantes intentos de Maléfica por crear pociones y hechizos como antes—, así que Mal cruzó la calle para desayunar como cada día en el Bar Bazofias.

Estudió las propuestas de la carta —café negro como tu alma; café con leche amargo; tortitas crujientes de avena con manzana harinosa o plátano blando; y cereales rancios variados, secos o húmedos. Nunca había demasiadas opciones. La comida, o las sobras, más bien, procedían de Auradon —lo que no era suficientemente bueno para esos esnobs lo mandaban a la isla. ¿La Isla de los Perdidos? Más bien la Isla de

las Sobras. De todos modos, a la gente tampoco le importaba mucho. La nata y el azúcar, el pan del día y las piezas de fruta perfectas no satisfacían a nadie. Mal y los demás villanos desenterrados preferían ser secos y duros, por dentro y por fuera.

—¿Qué quieres? —preguntó un duende gruñón, esperando su pedido.

En el pasado, estas criaturas asquerosas habían sido soldados de a pie en el ejército de las tinieblas de su madre, mandados sin piedad por el mundo en busca de una princesa escondida; pero ahora sus tareas se veían reducidas a servir cafés más amargos que la hiel de sus hígados, en tazas pequeñas, medianas y grandes. La única diversión que les quedaba era la de escribir inexorablemente mal el nombre de los clientes en el lateral de las tazas. (La broma con los duendes era que casi nadie podía leer su idioma, pero a ellos les daba igual). Seguían culpando de su reclusión en la isla a la lealtad hacia Maléfica y todo el mundo sabía que continuaban pidiendo su amnistía al rey Bestia valiéndose de sus frágiles vínculos familiares con los enanos para demostrar que no pertenecían a ese lugar.

—Lo de siempre, y hazlo rápido —dijo Mal, tronando los dedos en el mostrador.

—¿Te apetece también leche de hace un mes?

—¿Tengo cara de querer yogurt? ¡Dame el café más fuerte y negro que tengas! ¿Pero dónde estamos, en Auradon?

Era como si el duende hubiera visto sus sueños, y la idea la ponía enferma.

La escuálida criatura gruñó, moviendo la verruga de la nariz, y le pasó una taza oscura y turbia. Ella la cogió y salió corriendo sin pagarla.

—¡MOCOSA! ¡TE HERVIRÉ EN LA CAFETERA LA PRÓXIMA VEZ! —chilló el duende.

Mal se carcajeaba.

—¡Antes tendrás que pillarme!

Los duendes nunca aprendían la lección. Nunca llegaron a encontrar a la princesa Aurora pero, una vez más, los muy zopencos habían estado buscando a un bebé durante dieciocho años. No era de sorprender que Maléfica siempre estuviera frustrada. Qué difícil era encontrar buenos empleados en esta época.

Mal siguió su camino y se detuvo para sonreír con superioridad ante el póster del rey Bestia en que exhortaba a los ciudadanos de la isla a portarse bien con el mensaje ¡SEAN BUENOS! ¡PORQUE ES BUENO PARA USTEDES!, con esa tonta corona amarilla en la cabeza y esa amplia sonrisa en la cara. Era sumamente repugnante y bastante agobiante, al menos para Mal. Quizá la propaganda de Auradon se le estaba metiendo en la cabeza, quizá por eso esa noche había soñado que jugueteaba en una especie de Lago Encantado con un príncipe presumido. Se estremeció sólo de pensarlo. Dio un sorbo a su café fuerte e hirviendo. Sabía a barro. Perfecto.

En cualquier caso, tenía que hacer algo con aquel vividor de la pared. Mal sacó las latas de aerosol y al rey le pintó bigote y barba y tachó su ridículo mensaje. Al fin y al cabo el rey Bestia era quien los había encerrado a todos en la isla. Ese hipócrita. Tenía algunos recados para él, todos ellos con algo de venganza.

Esta era la Isla de los Perdidos. El mal vivía, respiraba y gobernaba la isla, donde no tenían cabida ni el rey Bestia ni sus empalagosos carteles para convencer a los antiguos villanos del mundo de ser *buenos*. ¿Quién quería limones para hacer limonada si podían lanzarse como perfectas granadas de limón?

Junto al póster pintó en negro el perfil de una cabeza con cuernos y una capa abierta. Encima de la silueta de Maléfica garabateó *¡EL MAL VIVE!* en un verde intenso, como la baba de duende.

Nada mal. Malísimo. Y eso era *mucho* mejor.